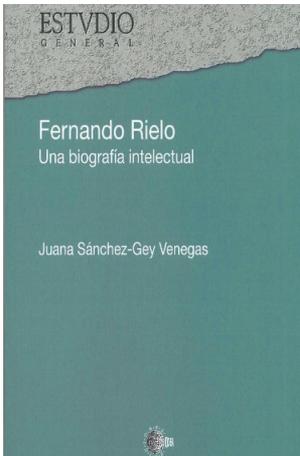


Fernando Rielo

Una biografía intelectual

JUANA SÁNCHEZ-GEY VENEGAS

*Ediciones Idea. Colección Estudio General.
2020.*



La profesora Juana Sánchez-Gey Venegas, de la Universidad Autónoma de Madrid, publica el libro: “Fernando Rielo. Una biografía intelectual”, que aquí reseñaremos. Uno de los aspectos a destacar, y del que se hace hincapié en esta biografía intelectual de F. Rielo, es su novedoso y original planteamiento el cual centra su atención sobre las relaciones entre el soma, la siqué y el Espíritu. Así pues, se da una visión holista del ser humano: pues no sólo somos cuerpo (*soma*, en griego clásico), sino también mente (*psiqué*, en griego), y, además, “espíritu”. Para ser persona, no debemos detenernos en el placer de lo *físico* –el ser humano lo tiene, pero no es él exclusivamente eso: comida, degustar un vino, etc., en realidad lo físico puede producirnos cierta “esclavitud” –; tampoco debemos confundir el gozo desordenado de lo que es, en el fondo, meramente un proceso *psicológico*, de la *psique*: la “vanidad”, la “prepotencia”, “mi valía intelectual” etc. Esto también puede hacernos esclavos: de nuestro ego, de nuestra vanidad, de nuestra “psique”. Sino que más bien la parte somática y física, así como la parte psíqui-

co-mental, debe estar referida al bien *espiritual*, pues sin éste no nos completamos: la alegría, estar ilusionados, la felicidad residen en este aspecto espiritual que nos caracteriza en cuanto humanos, y que es lo más íntimo de mí mismo (recuérdese como S. Agustín explicaba que “lo más interior de mí mismo es Dios”, pues en el interior del ser humano habita la Verdad). De este modo, y siguiendo a Rielo, con esta felicidad podemos estar en una situación extática (de “éxtasis”, que significa *salir fuera* de mí: de mis prejuicios, de mis aspectos exclusivamente físico-psicológicos, etc.), y, si esto sucede, ello puede hacer que me comprenda mejor a mí, y, en consecuencia, a los demás. En definitiva, cabe señalar que una de las grandes aportaciones de Rielo es lo que denomina *Psicoética* entendida como *ciencia que estudia las relaciones de dos campos, la Psicología y la ética, que encuentran su razón de ser en un tercio incluso, la ontología o mística, en el que aquéllas echan sus raíces*. Vemos, en este sentido, que desde su posición nos acercamos a una fundamentación metafísica del Cristianismo.

No obstante, debemos tener en cuenta que el Cristianismo no es una filosofía *sensu stricto*, sino una doctrina de salvación, una “filosofía cristiana”. Ésta se presenta como doctrina revelada por Dios y tiene como objetivo salvar al hombre; sin embargo, incluye una serie de afirmaciones sobre asuntos que desde el comienzo de la filosofía y la ética también habían sido planteados por los filósofos: qué y quién es el hombre, qué es el alma, el espíritu, el mundo..., o cuál es el principio de todo. En la filosofía griega del siglo VII a. de C. se tomaron como principios el agua, el *apeirón*, el aire, el fuego, el número, o lo divino (o *Nous* –inteligencia autoordenadora-, para Anaxágoras); en este tipo de filosofía cristiana, sin embargo, se considera a Dios como el principio. Por decirlo con una frase propia del medievalista F. Heinemann, los griegos se planteaban el cosmos con relación a lo eterno; sin embargo, y por vez primera, el cristianismo se preguntaba sobre lo Eterno como algo que poner en confrontación con el Cosmos: lo Eterno como posible creador del Cosmos, como posibilidad de entender adecuadamente el Cosmos. Este tema, tras la lectura de este libro, se nos antoja a su vez muy propio de F. Rielo.

Pero el cristianismo no sólo es una teoría: también es un modo de vida. Y este modo de vida implica un conjunto de conocimientos conseguidos por medio de la fe: la fe en el amor que Jesús de Nazareth nos tuvo, al morir por nosotros, y que nosotros ahora, debemos seguir como ejemplo y llevar a los demás (a nosotros y a todos: con sus virtudes y defectos, pero siempre quedándonos con la primera de las dos), y así hacer ver al resto de los humanos, amándolos por encima de todas las cosas, como Él nos amó (y ama), y haciéndolo para comprender en el día a día –y no sólo como abstracción- lo que significó y significa. Con el único objetivo de poder conseguir cambiar el mundo, y llevar la Verdad a nosotros y a los demás. Se trataría

de una combinación, y un equilibrio, entre verdad, responsabilidad y libertad. Este aspecto es el único que nos hace crecer como seres humanos. Probablemente, en últimas estas palabras podríamos estar resumiendo la visión que sobre F. Rielo nos da la profa. Sánchez-Gey Venegas.

Uno de los temas más interesantes de la obra, y de F. Rielo, estriba en esa *psicoética*: podemos ver cómo el planteamiento *rielista*, en su libro su libro “Meditaciones desde el modelo genético” (p. 128 y ss.), afirma que la “[p]sicología y la ética nacieron al amparo de la filosofía”. Perfectamente, su propuesta es entendible y atendible. Rielo sabe que cierta matematización de la Psicología ha dado lugar a numerosas escuelas (genetista, conductista, fenomenológica, *gestáltica*, etc.), y que con ello se ha hecho una “experiencia” cuantificada de la realidad en donde se prima lo observable y medible (recomendamos, para conocer a fondo este tema, el trabajo doctoral de E. López Castellón: “Psicología Científica y Ética Actual”). Es decir: “cuantificacional”: una experiencia supuestamente de corte científico con la que se intentaba conocer la *complejidad psicosomática* (o, si se prefiere, se puede decir *complejidad psicobiológica*), de nosotros como seres. Y quizá sí se podría cuantificar; el tiempo dirá. Pero lo que Rielo planteará como imposible de cuantificar al extremo, es la unión entre esta complejidad psicosomática, y la *complejidad psicoespiritual*: pues el alma es un “complejo de funciones psicosomáticas y psicoespirituales”, y no meramente algo cuantificable.

Por ello, Rielo defenderá que si tratamos de reducir las funciones psico-espirituales del ser humano a las funciones psico-biológicas (es decir: *psicosomáticas*), estamos cayendo en una “concepción materialista” que reduce al ser humano a materia, cuerpo; a meros órganos, carne, etc. Y está claro que somos más que eso: no podemos igualar los vivientes impersonales a los personales, pues éstos últimos poseemos un componente biológico/somático innegable, pero, además, tenemos un componente espiritual que tantas y tantas veces “manda” sobre el corporal y somático: pues cuantas veces no se ve afligido el ánimo espiritual por un dolor físico-corporal, o por una preocupación de índole psicológica (y, algunas veces, psicosomatizada); o al revés. En consecuencia, y siendo el ser humano un “todo” indiferenciado, debemos dentro del holismo que Rielo propone primar esa parte espiritual que mencionábamos al principio, y, en cuanto humanos, nos completa.

Por último, y tal y como nos señala la profa. Sánchez-Gey Venegas en este excelente libro, hay que hacer especial mención al “Absoluto” al que se refiere Rielo, y del cual parten todas las culturas, todas las religiones, todas las filosofías: para Rielo, al Absoluto tendemos cada día, afirma, “en nuestro ser +”. Nadie quiere tender a “ser –” [ser “menos”], pues el ser humano está hecho de tal forma que no nos conformamos nunca, en nuestra interioridad, con ser “menos” (a no ser, se nos dice

en el libro, que nos suceda algo “disgenético”, algo que no marche bien en nuestra biología, en nuestra psicología o en nuestro espíritu).

En definitiva, este libro es una biografía de la persona, y de su obra, en la que se nos muestra la necesidad de intentar obtener lo mejor (moral y cognoscitivamente hablando) de nosotros mismos. Para que esa pequeña revolución de renovar nuestra mirada cada día sobre el mundo pueda cambiar lo que de éste no nos gusta. Esta es nuestra tarea para Fernando Rielo, y este libro ayudará a quien busca un cambio real. Gracias totales.

HÉCTOR ARÉVALO